

Huellas nada más

JORGE MALPARTIDA TABUCHI

Universidad Nacional de San Agustín

jmalpartida@unsa.edu.pe

Roberto Reyes Tarazona (Lima, 1947), dedica a sus colegas del Grupo Narración su más reciente libro de cuentos *Huellas nada más* (2025). La pulsión por la calle, lo urbano y las ficciones con corte social están presentes en sus historias. Pero en esa dedicatoria a Oswaldo Reynoso, Miguel Gutiérrez, Gregorio Martínez, Augusto Higa y otros “compañeros de recreación de una época tormentosa” (p. 7), también hay una pista sobre los ejes que explora el libro: los territorios de la memoria que han quedado impregnados por el arrepentimiento, el deseo y la pesadumbre.

En Reyes Tarazona, la escritura con claridad y pulsión sirve para rescatar el pasado. Y esto lo consigue desde un lenguaje que dialoga con el furor urbano, los choques sociales y la diversidad popular peruana. Un ejemplo de estos mecanismos es el cuento “Mi primer dolor”, que evoca un amor de infancia y las secuelas que la inacción deja en el protagonista durante la adultez. Aquí, la ficción se posiciona como un vehículo para que el personaje salga del vacío, brinde sentido a las heridas y al entorno violento. El narrador dice: “No asimilaba —o no quería asimilar— que el momento de las decisiones se había esfumado, que el tiempo y las circunstancias son irrepetibles, que solo quedaba tratar de rehacer de algún modo el pasado. Claro que el pasado solo se puede reconstruir con palabras” (p. 26).

Otra huella vital en estas ficciones es la corrupción esparcida en los espacios cotidianos. En “Fin de semana a la huancaína” podemos ver el mal uso de un vehículo estatal por parte de un funcionario. Un relato de viaje que expone, en un nivel exterior, el racismo, el avasallamiento del criollo y capitalino sobre el andino y provinciano. Pero en un nivel subterráneo, la narración escarba, con tensión y misterio, dentro de las motivaciones humanas y los vicios de los protagonistas.

En “Ser o no ser” el rastro de la corrupción se traslada a un plano



Huellas nada más

Roberto Reyes Tarazona
Campo Letrado
Lima, 2025, 176 pp.

interpersonal y al entorno de la enseñanza universitaria. El cuento pone el foco en el dilema del protagonista: ser o no un soplón. Se trata de un docente que ha asumido funciones directivas dentro de la universidad, y eso le genera roces con una antigua pareja vinculada con Sendero Luminoso. Esta duda del personaje, acusar o no acusar, se da en un contexto de violencia política, cuando el solo señalamiento (real o no) podía conducir a la cárcel o a la muerte. Las tribulaciones del protagonista se intercalan con diálogos veloces que contribuyen a la fluidez narrativa.

En este libro también hay espacio para el mundo de los artistas y creadores, y sus contradicciones. “El converso” se enfoca en la vocación literaria y el supuesto compromiso social del escritor. En “El trovero de Azcona”, se cuenta la historia de un héroe de la música

criolla en decadencia. En ambos cuentos, se narran esas grietas y condenas que rodean a aquellos apasionados por la creación. Un gran acierto del autor es el uso del humor y la sátira para evitar caer en la solemnidad y la prosa recargada. Además, su lenguaje, sin artificios ni remilgos, recupera el lirismo y sustancia tanto del poeta, en un caso, y del compositor de vals, en otro. Esto se evidencia en el siguiente diálogo de “El trovero de Azcona”, en el que el personaje, un joven de barrio, escucha las explicaciones del cantor criollo sobre la esencia del amor:

“—No entiendes nada. Para el amor no hay grandes ni pequeños, pobres ni ricos. El que se enamora, el que quiere bien, sale igual de una esquina que de un palacete. Así también es con el sufrimiento. Hay todo tipo de sufrimientos, pero el mayor de todos es el sufrimiento por amor.

—No me atarante, Tío. Usted habla bonito, por algo es el Trovero, pero el churrasco se saca de la vaca, no del perro o del gato” (p. 142).

En otro aspecto, el libro aborda el territorio familiar, pero no desde la nostalgia o la idealización. Más bien, en historias como “En busca del viejo perdido” y “Todo queda en familia”, el hogar y los lazos más íntimos reflejan la incomodidad, decepción y decadencia del tejido social.

Los trece cuentos de *Huellas nada más* son una buena muestra de las capacidades de Reyes Tarazona por plasmar las vicisitudes de los individuos ante los desafíos urbanos y sociales. A veces, la mirada del narrador se retrotrae hacia el pasado, hacia la segunda mitad del siglo XX. Sin embargo, esta visión desde el realismo sigue siendo vital y dialoga con el presente. Contribuye a ello, la escritura clara, pulida y organizada, sin florituras y sostenida en el dominio de las estructuras del relato corto. Virtudes que permiten acercarse a una ficción impregnada de memoria, y cargada de una impronta emocional que nos acompaña aún terminada la lectura.